

JUVENTUD, VEJEZ Y POLITICA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Sabino Fernández Campo*

Señores Académicos:

No es fácil, en una Real Academia como esta, cuyos miembros son figuras destacadas y conocedores profundos de importantes materias relacionadas con la Moral y la Política, encontrar un tema original sobre el que pueda aportar alguna enseñanza, cierta experiencia y determinadas conclusiones.

Después de pensarlo, he tomado la decisión de elegir como título de mi intervención el de *Juventud, Vejez y Política*, y tratar de hacer algunas consideraciones sobre estos extremos. Es evidente que por lo menos de alguno de ellos, tengo unos conocimientos notables y bastante experiencia. Porque huelga decir que si la juventud es ya para mí algo muy lejano, estoy muy documentado sobre la vejez.

En cuanto a la Política, me resulta más difícil comprenderla en algunas ocasiones.

Ahora con los años, me viene muchas veces a la frágil memoria el diálogo de aquellos dos amigos de mi edad, en el que uno le pregunta a otro con nostalgia: “¿Te acuerdas de cuándo nos acordábamos?”.

Por eso yo no me acuerdo en estos momentos de quién era la frase que dice: “*La juventud es tan importante que no puede dejarse en mano de los jóvenes*”.

* Sesión del día 22 de enero de 2008.

Pero supongo que es de un viejo. Porque los viejos solemos ser un poco envidiosos y tenemos cierta mala voluntad hacia los jóvenes.

Lo afirmaba Don Jacinto Benavente: “*En este espectáculo del mundo —decía—, como los viejos sabemos muy bien que no podremos ver lo que queda por ver a los jóvenes, pretendemos vengarnos de ellos haciéndoles creer que lo mejor es lo que ha pasado ya, lo que nosotros hemos visto*”. En definitiva, que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Pero eso no es verdad. Creo, eso sí, que los mayores, en las últimas etapas, tenemos que colocarnos en el camino de la vida, mirando hacia atrás, pero no dejar de avanzar de espaldas para que no nos asustemos demasiado del futuro y podamos recordar el pasado con mayor claridad. De esta forma, además, los jóvenes podrán contemplarnos de frente, con todas nuestras experiencias, nuestras alegrías y nuestros pesares, mientras nosotros les vemos caminar con el empuje necesario para mejorar la sociedad en la que unos y otros nos ha correspondido vivir juntos.

Es indispensable romper barreras y superar prejuicios entre viejos y jóvenes. Al fin y al cabo es muy difícil establecer fronteras bien definidas, porque es muy corto el tiempo que media entre el momento en que somos aún demasiado jóvenes y aquel en que ya somos demasiado viejos.

Enrique Larreta, cuando aún estaba lejos de la vejez opinaba que “*si los jóvenes escucharan siempre a los viejos, acabarían por echarse a morir*”. Pero si no les escucharan nunca —me apetece añadir—, se echarían a vivir imprudentemente.

Es evidente que hay que acomodarse a los tiempos, aunque resulte aconsejable hacer una distinción entre las novedades que a cada momento se producen y los principios inmutables que se conservan con alteraciones menos profundas. No quisiera yo conceder una conformidad tan solo parcial al texto bíblico del Eclesiastés, “*nihil novum sub sole*”. Si de una parte se me ocurre pensar que bajo el sol se han producido muchas cosas nuevas en el orden material, de otra tendremos que acudir al aspecto espiritual de la afirmación, pues hemos de reconocer que sigue invariable el carácter de los hombres, con sus virtudes, sus pasiones y sus defectos. Tan solo con las modificaciones que el tiempo, las circunstancias o el marco puedan introducir, el género humano repite la historia con alarmante reiteración y el sol la sigue iluminando.

Lo cierto es que, en general, a los jóvenes no les gusta con exceso tener a su lado, detrás o por encima a personas mayores que les asesoren, les orienten o les formulen advertencias, pues de ordinario las consideran anticuadas e inactuales.

En este sentido, la ventaja de los viejos es que si miramos hacia atrás, y aún con la debilidad de nuestra memoria, podemos darnos cuenta, con sinceridad

ante nosotros mismos, de las tonterías que pensamos, dijimos y realizamos cuando éramos jóvenes y creíamos que lo sabíamos todo, que estábamos de vuelta de muchas cosas y que ya nadie podía enseñarnos nada.

Es una pena que la juventud no pueda disfrutarse en la vejez o, como imaginaba Wenceslao Fernández Flórez, que las cosas no estén organizadas de tal forma que los hombres nacieran ya mayores, formados, con conocimientos de muchas cosas y fueran lentamente “*desnaciendo*”, hasta extinguirse como niños ingenuos que no se dieran cuenta de los misterios y el dolor de la muerte. Pero la realidad es como es y los hombres parece que estamos mal terminados, por lo cual ni los jóvenes ni los viejos tiene por completo la razón y se hace necesaria una combinación entre ambos. Aquella frase bastante consoladora: “*Si los jóvenes supiesen y los viejos pudiesen...*”, ha de transformarse de manera que unos y otros aporten sus facultades respectivas a un fin común donde se armonicen el saber y el poder.

Y esto que sucede en todos los órdenes de la vida no puede por menos de ocurrir de una manera muy marcada en la política. Es muy probable que a los países les convengan los políticos jóvenes, decididos, entusiastas y resistentes, alimentados por la ilusión del éxito y robustecidos por el afán de alcanzarlo en una edad temprana.

Además, a los líderes políticos jóvenes les gusta rodearse de personas aún de menos edad que la suya, para poder imponer una cierta superioridad que afecte, por lo menos, a ese dato de la antigüedad en la vida, y poder conseguir más fácilmente la capacidad de imponer la disciplina a quienes tienen por debajo. Se forman así núcleos políticos llenos de vigor y de ambiciones que no caen en el pesimismo característico del hombre en las últimas etapas de su existencia.

La juventud del político es necesaria sobre todo en los períodos electorales, cuando los candidatos deben recorrer muchos kilómetros, pronunciar discursos, hacer promesas y presentar programas más o menos concretos, besar niños, agasajar a ancianos pensionistas, estrechar manos y levantar los brazos en señal de anticipado triunfo o saludo a las multitudes y soportar insultos de los adversarios.

Por otra parte, si la excesiva juventud de los políticos en los altos cargos pudiera considerarse por algunos desconfiados que supone un peligro, el afán de permanencia que es natural les anime, solucionaría el problema pues con el paso del tiempo se curarían de ese supuesto riesgo de la juventud y llegarían a convertirse en seres maduros enriquecidos por toda la experiencia adquirida.

Sin embargo, desde el punto de vista de una persona que está a punto de cumplir los noventa, tengo la ligera sospecha, sin duda interesada, de que debía bus-

carce una mayor colaboración entre viejos y jóvenes, sin que estos pensarán que el mundo empieza con ellos, ni los otros que con ellos se acaba el mundo.

La vida está llena de comienzos y en cada etapa, los mayores y los menos mayores deberían colaborar con sereno entusiasmo en la tarea de modificar muchas cosas, de mejorar sistemas y buscar posibles remedios a males evidentes.

Hay un proverbio, —sin duda será chino—, que dice así: “*El umbral es la más alta de las montañas*”. Con lo cual quiere significar la importancia y la dificultad de todo comienzo. Y si nos remontamos a Pitágoras, recordaremos su frase de que “*el principio es la mitad de todo*”.

Por eso en cada comienzo de etapa, y son muchas las etapas que, por una u otra causa, a los humanos nos corresponde comenzar, es preciso ponerse de acuerdo los viejos y los jóvenes para reformar una sociedad cansada y atacar briosamente la montaña con el fin de superarla y alcanzar la llanura prometedora.

Es necesaria una revolución constante.

Una revolución pacífica que es más bien propia de la juventud, pero a la que los viejos debemos unirnos para el bien de España. Una revolución civilizada, inspirada por la cultura y la justicia en la que nos mezclamos los viejos y los jóvenes.

Afirmaba Proudhon que “*quien dice revolución dice necesariamente progreso y dice, por ello mismo, conservación. De ahí se sigue que la revolución está permanentemente en la Historia y que, hablando con propiedad, no ha habido varias revoluciones, no ha habido más que una y la misma revolución a la que debemos incorporarnos en cada nueva etapa*”.

“*Una liquidación general es el preliminar obligado de toda revolución*”, añadía.

Es necesario el balance, el análisis, el nuevo proyecto.

Ortega y Gasset sostenía que “*el verdadero revolucionario lo que tiene que hacer es dejar de pronunciar vocablos retóricos y ponerse a estudiar economía*”. Con toda la importancia que sin duda tiene la ciencia económica, es muy probable que en los tiempos actuales Don José hiciera referencia también a la necesidad de dedicarse a estudiar procedimientos éticos y factores morales.

Y poco antes de dejar este mundo, el catedrático de Ética a quien no se podrían achacar desenfrenados impulsos de juventud, José Luis Aranguren, mani-

festaba también en una entrevista periodística que *“lo único útil y necesario es la revolución”*.

Una revolución sin sangre, sin violencia, pero una revolución profunda, de transformación de nuestra mentalidad, de nuestra conducta, de nuestra actitud ante la vida.

Esta revolución hay que emprenderla con osadía, sin la cómoda resignación de que las cosas no tienen remedio, ni albergar el desánimo sobre el futuro que nos aguarda.

Alguna vez he recordado, y sin duda volveré a recordar, cómo el multimillonario Paul Getty recoge en sus memorias, en español tituladas *“A mi manera”*, una interesante definición de James Branch Cabell que a él le parecía un hallazgo importante y que dice:

“El optimista proclama que vivimos en el mejor de los mundos; el pesimista teme que así sea”.

Me gustaría ante todo, desde una perspectiva optimista, reflexionar sobre sí, en efecto, vivimos en el mejor de los mundos, concretándonos sobre todo a España, si bien no dejo de reconocer que cada vez estamos más inmersos en el conjunto de la sociedad mundial y, por lo tanto, no resulta fácil proyectar nuestro análisis tan sólo sobre nuestro país, prescindiendo de la moderna globalización.

No temáis que vaya a contar mis batallitas a pesar de mi condición de abuelo y bisabuelo. Pero los que hemos pasado por vicisitudes muy variadas, por épocas trágicas y acontecimientos dolorosos; por momentos de tensión y de temor que a cada instante podían conducir a situaciones de desastre, podemos contemplar ahora con un cierto sentimiento de admiración y de alivio al mismo tiempo, que en un creciente proceso civilizador, nuestra capacidad de asimilación, de superación, de comprensión, de tolerancia o simplemente de olvido rápido de los más insólitos hechos, sin que se disparen nuestras alarmas ni nuestra indignación se desborde, alcanza límites insospechados o, mejor dicho, no alcanza límites, aunque tantas veces sería necesario mostrar nuestra intolerancia ante lo intolerable.

En un sistema de libertades democráticas contemplamos con menor asombro cada vez acontecimientos de la vida nacional. No me atrevo a afirmar si las instituciones funcionan regularmente como previene la Constitución o tan solo regular, es decir, ni bien ni mal. Pero seguimos funcionando.

Como dice el proverbio árabe: *“Todo llega, todo pasa, todo se arregla...”*

Pero ¿es esto lo que permite al optimista decir que vivimos en el mejor de los mundos?

Sinceramente pienso que no. Por eso tampoco debemos caer en el pesimismo del que cree que eso es cierto, que nuestra situación es óptima y que ya es inútil esforzarnos en tratar de conseguir otra más perfecta en esta vida.

De ahí puede venir la desilusión de la juventud, el abandono de aspiraciones más elevadas y de ideales por los que vale la pena luchar. Tenemos, por el contrario, que centrar nuestro optimismo en esa posibilidad de mejora, de perfeccionadora y pacífica revolución, aunque nos parezca utópica. Porque hay que pensar en la utopía o, mejor aún, no en una utopía total, perfecta y lejana, sino en utopías parciales, sucesivas y más inmediatas. Al fin y al cabo "*la vida es un continuo realizar utopías*".

Es preciso detenerse a meditar sobre ellas.

Por desgracia, resulta evidente que cualquier sistema político aplicado por los hombres, ha de tener sus inconvenientes y sus defectos.

Pensaba Kant que "*con madera tan torcida como de la que está hecho el hombre no se puede construir nada completamente recto*". Y hasta existe la posibilidad de que un pueblo que esté bien gobernado y bien administrado, sea un pueblo que se muere de aburrimiento. Pero tratemos de enderezarnos y de aburrirnos un poco, porque estamos en el momento de superar etapas e iniciar otras nuevas, con mayores deseos de perfección. Hay que entretenerse procurando desterrar los vicios que van ensombreciendo la vida política y que pueden extenderse a toda la sociedad.

Hay que depurar los procedimientos y detener el progresivo desarrollo del mal. Hay que sacar a la luz con el máximo rigor las conductas indignas y robustecer las honestas. Hay que revisar esa teoría del "*mal menor*", que tantos males permite, aunque no se tenga la seguridad de que se produciría otro mayor, de no aceptarse aquel.

Hay que sustituir el interés personal por el colectivo, el del partido o del grupo por el de la comunidad en su conjunto, y la manoseada e inconcreta razón de Estado por la razón de la Humanidad.

Existen muchas dudas, muchas incertidumbres y muchas indefiniciones que tal vez nunca podrán ser aclaradas por completo.

Es muy difícil tener la seguridad absoluta de lo que se debe hacer y no es nueva la afirmación de que en política sólo se puede estar seguro de una cosa: "*De que jamás se puede estar seguro de nada*".

Tal vez sea más fácil aclarar la idea de lo que “*no se debe hacer*”, aún dentro de una cultura laica que pretenda sustituir a la religión. Pero, en todo caso, es preciso obtener cada vez mayores avances en el establecimiento de unos valores básicos, inspirados por el retorno a la espiritualidad, porque hay que fijar lo más exactamente posible ese “*debe ser*” que es anterior a las leyes, al propio legislador y a la conciencia individual.

Como escribía Isaiah Berlín, es cierto que los fines, los principios morales, son muchos, pero no infinitos: han de estar dentro del horizonte humano, porque si no lo están, quedan fuera de la esfera de los hombres. Pero hay que retornar a la idea antigua del Derecho Natural. No podemos evitar la aceptación de esos principios básicos, porque tenemos que reconocer la existencia de unas normas éticas universales. Hemos de presuponer que cuando los hombres fingen que no las admiten, tiene que estar mintiendo, engañándose a sí mismos o bien que han abandonado la capacidad de discriminación moral y son en ese sentido anormales.

No perdamos la esperanza. Los fundamentos morales, —y también políticos, por tanto—, comunes a nuestra conducta, lejos de quedar socavados por las guerras y por la degradación de la personalidad humana que hemos presenciado en nuestra época, tienen que aflorar como algo más amplio y profundamente asentado de lo que parece.

Nuestros valores deben tender a ser hoy, cada vez más, las viejas normas universales que diferenciaban a los hombres civilizados, aunque fueran torpes, de los bárbaros, aunque fueran inteligentes.

Cuando hacemos frente a la agresión o a la destrucción de la libertad, bajo regímenes despóticos, es a esos valores a los que apelamos. Cuando descubrimos los defectos de muchos sistemas, estamos sintiendo la apremiante necesidad de perfeccionarlos para que se acomoden lo más posible a unas verdades intemporales que Hegel y Marx no admitían, pero que tienen una realidad fundamental, aunque estén sometidos a las evoluciones históricas.

Es evidente que las cosas no pueden estar quietas. Pero han de moverse hacia un modelo de perfección, aunque no lo alcancen.

Los hombres de Estado, los políticos, los gobernantes de nuestro tiempo, están muy ocupados en el ejercicio del poder o en la preparación necesaria para obtenerlo o conservarlo. Tienen que limitarse a gobernar y a resolver los problemas de cada día o de un plazo muy corto, sin tiempo a reflexionar sobre el futuro que va a imponerse en atención a nuevas normas y estilos diferentes.

“Nada estrecha tanto la mente, apaga las imaginación y esteriliza el espíritu como la política activa y el gobierno”. Me atrevo a recoger esta frase de las memorias de Don Manuel Azaña, porque no pongo nada de mi parte. Pero hemos de reconocer que, al menos, la función de gobernar es tan absorbente, que deja poco tiempo disponible para trazar planes a largo plazo y recordar los principios que deben inspirarlos.

Tal vez en las Reales Academias, en la Universidad, en los Centros de Estudios y de Investigación, esté el lugar adecuado para detenerse a pensar en modificaciones y en nuevos caminos.

La democracia es una palabra a la que hay que dar en la práctica un contenido cada vez mejor. Tenemos que hacer algo. No caigamos en el supuesto optimismo de quien piensa que vivimos en el mejor de los mundos. Pero tampoco nos solidaricemos con el pesimista que teme que eso sea verdad.

No. Es preciso mejorar nuestro mundo, con entrega y con esperanza.

Y hagámoslo juntos, jóvenes y maduros.

Si la juventud es muy importante, pero debe templarse con la prudencia, tampoco la vejez puede autorizar a los mayores para seguir rigiendo permanentemente los destinos de los jóvenes. Colaboremos francamente para aportar nuestros respectivos valores hasta llegar al relevo obligado y deseable en la consecución de un orden más digno y más perfecto.

Que a ninguno le arrastren los cantos de sirena de los enriquecimientos rápidos, inexplicables y cuantiosos, que no suelen tener un final feliz. Hay un antiguo proverbio ruso que dice: *“El hombre que hace su fortuna en un año, debería ser aborrecido doce meses antes”*. Tengámoslo presente, aunque los tiempos hayan cambiado en su rigor.

Hay pocas cosas que compensen tanto en la vida como la satisfacción del deber cumplido, la tranquilidad de conciencia de no temer el castigo por una mala acción o la responsabilidad de una culpa.

Es preciso avanzar paso a paso con la lentitud que la cordura exige, con la ineludible corrección de los métodos, con la honradez que siempre encuentra premio aunque el éxito no se produzca espectacularmente, en condiciones desmesuradas y en plazos mínimos.

No quisiera que juzguéis mis palabras como una especie de homilía improcedente, como expresión de unas recomendaciones teóricas difíciles de apli-

car en un mundo tan práctico y materialista como este en que vivimos. Pero es que a los mayores nos gusta pretender dar buenos consejos, para consolarnos de no poder dar malos ejemplos. Yo no se si tendría razón La Rochefaucauld al expresarse así, pero abrigo la ilusión de estar en condiciones de dar buenos ejemplos, aunque lo haga a través de torpes consejos. Y os pido perdón.

Siempre recuerdo a este propósito, el caso de aquel general napoleónico, de más de ochenta años, movilizado para la guerra por sus extraordinarios conocimientos tácticos y estratégicos, que ante las orgías de amor desenfrenado a que se entregaban sus jóvenes soldados tras la conquista de una ciudad, les reprendía indignado, diciéndoles:

—“*¿Es ese el ejemplo que yo os doy?*”

Es necesario lanzar un mensaje de ilusión. Una oferta de solidaridad entre generaciones para colaborar unidos.

Un grito revolucionario para cambiar las cosas que deben renovarse, remontar la montaña por rutas de ética, de moral, de dignidad y de justicia. Una optimista esperanza de mejora y de superación. Una petición de análisis, de reflexión y de esfuerzo a través de la cultura.

Trabajemos juntos los viejos y los jóvenes para intentar que el nuevo siglo sea un punto de partida diferente. Pensemos que, como decía Giovanni Papini, “*no hay jóvenes y viejos como grupos estables; todos somos hombres que envejecemos y estamos de paso en una época de la vida. Siempre hay jóvenes y viejos de todas las edades. ¿Qué significa decir; los jóvenes de ahora? ¿De hoy? Mañana ya otros tendrán la misma edad que ellos tenían ayer*”.

Es importante y conveniente que los jóvenes puedan tomar las riendas de la dirección del país. Pero más todavía lo es que se conserve la ilusión de los jóvenes en general, aunque no se dediquen a la política, para que no pierdan el interés de participar en ella cumpliendo sus deberes ciudadanos, con verdadero entusiasmo y con ideas claras.

En estos tiempos en que las tradicionales derechas e izquierdas parecen dirigirse hacia un centro imaginario, difícil de definir, podríamos pensar, que ese centro fuera punto de encuentro circunstancial, como el que existe en los aeropuertos, las estaciones y los grandes almacenes, para que los políticos de signos opuestos y los partidos del gobierno o de la oposición, coincidieran transitoriamente, a fin de discutir problemas concretos e importantes y adoptar soluciones conjuntas en temas urgentes, aún cuando no permanezcan allí, igual que los viajeros que, después de coincidir en aquel punto para concertar algo, emprenden cada uno de

nuevo su viaje y regresan al lugar de donde partieron con sus ideas propias y sus posiciones respectivas. Un punto de encuentro, también, para viejos y jóvenes.

Dentro de estas consideraciones que vengo haciendo, con un carácter de generalidad sobre el envejecimiento y la política, no sería adecuado ni oportuno introducir propuestas concretas, que afectaran a la organización del Estado. Pero muy de pasada, me apetece apuntar la posibilidad de meditar sobre un tema que ya en diversas ocasiones se ha considerado digno de atención, como es la organización del Senado en España y la conveniencia de su reforma. Se ha sugerido que en lugar de una cámara de relectura, muy semejante al Congreso, se convirtiera en una representación de las Autonomías, si bien ha de reconocerse que cada una de ellas tiene ya su Parlamento propio.

Pero si la palabra “*Senado*” tiene en su origen latino una relación con la ancianidad, quizá pudiera aprovecharse la experiencia, los conocimientos y la prudencia de los mayores que han desempeñado cargos o misiones importantes a través de su vida y de las personas graves, sensatas y respetables, sin ambiciones desbordadas, para integrarlas en esa Cámara donde aportarían sus experiencias, sus consejos y su juicio sereno.

Solón de Atenas decía:

*“Nada impide que un joven juzgue correctamente;
pero si necesitas consejo, pídelo a quien haya dejado
atrás la juventud”.*

Y puestos a sacar a relucir citas antiguas, no olvidemos la de Cicerón:

*“Nada hay más agradable que la vejez rodeada de una juventud
afanosa de aprender”.*

Hace algún tiempo, mi querido y admirado compañero de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Dalmacio Negro, en un artículo titulado “*Efebocracia y gerontocracia*”, incitaba a pensar en una sociedad de ancianos, como empiezan a ser las europeas, dirigidas por jóvenes faltos de experiencia de la vida, que impongan su criterio y su falta de criterio. Y terminaba diciendo:

“Lester Thurow, observando el fenómeno, sugiere la posibilidad de que los futuros conflictos y luchas de clases tengan lugar entre jóvenes y viejos, disputando por el poder. Y, en verdad, para no ir más lejos, los partidos políticos, si se nutren exclusivamente de jóvenes, se transformarán posteriormente en gerontocracias jóvenes. Mientras tanto, no cabe excluir que

en defensa de sus intereses, se formen también, por necesidad, partidos de ancianos”.

En definitiva, habrá que pensar siempre en la colaboración entre los pertenecientes a las distintas edades. Porque, cuando la vida ya no se ofrece como una promesa, no por eso deja de ser todavía una tarea.

La tarea de hacer entre todos a nuestro mundo más honesto, antes de poder decir honestamente a nuestros hijos que la honestidad es la mejor política.

Muchas gracias.

